

Autor: Abilio Ayuso
NANA A UN BEBÉ MUERTO

Ilustrador: Alejandro Origosa Quevedo



Hace apenas tres siglos, la ciencia, tal como la entendemos hoy en día, prácticamente no existía, y todo hecho fuera de lo normal se atribuía de inmediato a Dios o al diablo. Este pequeño relato de aventuras góticas nos habla de sucesos que, pudiendo ser reales, acabaron difuminados entre las leyendas.

+16

Lucilda acunaba a su bebé mientras le cantaba una canción de cuna que había oído de niña.

Comenzaba con un sonido entre suspiro y lamento que descendía desde un tono agudo como el canto del mirlo hasta un susurro agonizante, para volver a elevarse otra vez, luego proseguía con la voz de quien confiesa un secreto oscuro diciendo:

Duérmete, mi niño chico
questa noche viene el coco
y se comerá a los niños
que duermen, que duermen poco.

Otra vez el mismo lamento de antes que se repetía entre las estrofas.

Duérmete, niño pequeño
porque el coco está viniendo
y seguro que te come
siii no, te ve durmiendo.

Duérmete mi niño lindo
porque el coco ya está aquí
y seguro que te come
siii no, te ve dormiiiir.

Pero el bebé de rostro pálido y serio, no podía escucharla, porque había nacido muerto.

El galeno y la comadrona lo tuvieron muy claro, no respiraba y su corazón no latía, pero Lucilda insistió en que sólo estaba dormido y despertaría si ella le cantaba.

De no haber sido la hija de un barón cuyo mal genio era temido por unos y otros, tal vez la hubieran obligado a entregarlo a la Iglesia para su sepelio, pero nadie estaba dispuesto a enfrentarse al furibundo padre.

Por otro lado, aunque el bebé era un ser inocente, no estaba claro que, al ser el fruto del pecado, concebido en circunstancias dudosas, hubieran

querido darle un entierro en terreno sagrado acompañado del ritual pertinente.

El barón siempre quiso tener protegida a la que era la niña de sus ojos, para ello, desde bien pequeña dispuso que su habitación estuviera en la torre más alta del castillo, bien amueblada y decorada, dotada de una lujosa chimenea y un amplio balcón terraza.

Allí no llegaba el hedor de la plebe, y sus indecentes murmullos quedaban atenuados por la distancia, asimismo, los muros rectos y lisos como un estanque helado hacían imposible que ningún trovador o malandrín osara escalarlos.

Pero todo se torció el día en que Lucilda confesó a su padre que la noche anterior la había visitado un ángel. Lo describió como un bello príncipe de rostro níveo, labios de coral y melena negra como el azabache.

Llegó una noche desde el cielo, flotando ingrávido para posarse en su terraza, la miró con ojos brillantes y una leve sonrisa en su rostro, al besarla ella perdió el conocimiento, para despertar al cabo de unas horas en su cama, completamente desnuda.

Supo que había sido poseída, no sólo por la pequeña mancha de sangre que adornaba el lecho, sino por la sensación que emanaba de todo su cuerpo, principalmente el bajo vientre, pero no sintió rencor ni animadversión hacia aquel ser, ya que más que una violación, veía aquel acto como un don que le hubiera sido concedido.

El Barón, mandó a sus hombres a buscar, escudriñar y revolver la comarca en pos de algún tipo de nigromante que correspondiera al descrito por la muchacha, y poseyera algún conjuro que le permitiera levitar, pero todo fue en vano.

La plebe murmuraba diciendo que el conjuro seguramente sería una cuerda que le habría lanzado la chica, pero nadie se atrevía a manifestarlo en voz alta.

Cuando corrió la noticia de que el niño había nacido muerto, la gente pensó que Dios había sido piadoso y que más valía eso que un bastardo de origen oscuro.

Lucilda seguía cantando, acercando los labios del pequeño a su lindo pecho desnudo, que, acorde con la defunción del niño, no manaba ni una gota de leche.

Con la vista perdida en el precioso atardecer que se divisaba por su balcón, no se dio cuenta de que el bebé había abierto los ojos y una leve sonrisa de su carita pálida dejaba adivinar un par de finos colmillos.

Con la suavidad de una mariposa, acercó su boquita al seno izquierdo de la madre y le clavó los colmillos de forma delicada pero firme.

Lucilda apenas tuvo un pequeño sobresalto al notar el doble pinchazo, para seguidamente sonreír plena de felicidad contemplando como su niño sorbía ávidamente la sangre que manaba de su pecho.

No podía explicar a nadie lo sucedido, porque automáticamente dirían que era un ser diabólico y lo quemarían, por el contrario, le dijo a su padre que había dejado el bebé en la cuna junto la terraza para ver si el fresco del atardecer lo revitalizaba y un águila se lo había arrebatado perdiéndose en la inmensidad de las montañas.

El Barón pensó que aquel extraño suceso les evitaba el trance de dilucidar si podría ser enterrado en sagrado mediante el ritual católico, o no, y se limitó a comentar: “Volando vino y volando se fue”.

Cuando el padre llamaba a su puerta, que siempre mantenía con la balda pasada, Lucilda rápidamente metía el bebé en la arqueta donde guardaba sus enaguas y efectos íntimos, no había peligro de que el barón quisiera fisgonear allí, ya que además ella llevaba la llave colgada de su cuello.

El niño permanecía el tiempo que hiciera falta sin efectuar ningún movimiento ni emitir el más mínimo susurro, tampoco presentó jamás síntomas de asfixia por estar encerrado en aquel lugar estrecho.

A partir de aquel día, Lucilda, que siempre había comido muy moderadamente para angustia de su padre, comenzó a solicitar más alimento y de toda clase, ahora devoraba ávidamente los guisados de jabalí que antes le asqueaban.

El médico dijo que a consecuencia del parto se le había reactivado el apetito, lo cual era positivo, y aunque ganó algo de peso su figura se hizo sólo más lozana, pero sin llegar a la obesidad, con lo cual el Barón dijo que por lo menos algo bueno había salido de todo aquello.

Lo que nadie veía eran las series de dobles pinchazos que adornaban las tetas de Lucilda, como si de un cielo estrellado se tratase, no obstante, el niño tenía la sabiduría o el instinto de no clavar sus colmillos más arriba de la aureola, de forma que no pudieran adivinarse las marcas a través de un escote juvenil.

La única que estaba al corriente de todo era el Aya que había amamantado a Lucilda cuando su madre murió de parto, con ella el secreto estaba seguro ya que hubiera dado gustosamente la vida por proteger a su niña.

Cuando el crío ya casi no cabía en la arqueta tuvieron que tomar una decisión, el Aya fue un día a ver a la que todos llamaban “la Maga”, porque nadie se atrevía a llamarla bruja, no sólo por miedo al hechizo que pudiera lanzarles, sino porque desde el día en que curó la lepra al Conde, señor de aquella región, además de dotarla de una casona más que decente juró que arrancaría la lengua personalmente a todo aquel que osara mal hablar de la Maga.

Con la excusa de buscar una medicina para la baronesita, que a pesar de lo que comía se estaba quedando algo desmejorada, fue a visitar a la hechicera.

A medida que le iba explicando la situación, una sonrisa triste aparecía en el rostro de la sabia mujer, que al final le dijo: “Tráemelo sin más tardanza, no debe tomar más sangre de la madre, yo sabré lo que hacer con él”.

“Pero Maga, yo no sé si mi ama querrá desprenderse del niño que de tal forma perderá todo contacto familiar”.

Ante los atónitos ojos del Aya, la Maga contestó: “No perderá todo contacto familiar, porque yo soy su abuela”.

“¿Como es posible?!”.

“Hace años, mi único hijo murió, revolví el cielo y el infierno para revivirlo, pero a pesar de mi poder no lo conseguí por completo, ni está del todo vivo ni del todo muerto, es un ser que se debate entre ambos mundos, él es el ángel que Lucilda creyó ver, me siento responsable de lo hecho por mi hijo, cuidaré del niño, lo educaré, y su madre podrá verlo de vez en cuando”.

“¿Y su padre vive aquí contigo?”.

“Vivía, pero sin dejarse ver por el populacho, hace un tiempo me dijo que deseaba partir a tierras lejanas, conocer otros mundos, ahora entiendo el porqué, si llegaran al Barón noticias de su existencia no lo salvaría ni el mismo demonio”.

A Lucilda le alegró saber que su niño tenía una abuela poderosa que lo cuidaría, pero le entristeció la noticia de que su padre, más que un ángel era todo lo contrario.

Al día siguiente, el Aya, partió con una cesta repleta de la ropa íntima de la baronesita, que supuestamente debía ser lavada en un alejado arroyo de aguas cristalinas y puras. En el fondo de la cesta yacía inmóvil el pequeño.

La Maga no aceptó como pago ninguna de las joyas que el Aya portaba para la manutención del niño y en un tono ofendido las rechazó diciendo: “¡Soy su abuela y no una matrona de pago!, además me siento responsable de lo que hizo mi hijo, yo asumiré su culpa, ¿Habéis escogido un nombre para él?”.

“No, su madre sólo lo llama mi bebé, o mi niño lindo”.

“Pues se llamará Darcel”.

“¿Que significa?”.

“Significa ‘Ser Oscuro’, porque oscura fue su concepción y oscura deberá ser su vida, ya que si se diera a conocer sería aniquilado”.

El Barón quedó muy satisfecho de la medicina que supuestamente había recetado la Maga a su hija, ya que en pocos días recuperó el buen semblante e incluso el buen humor, jamás sospechó que el hecho se debía a que había cesado la diaria pérdida de sangre y el saber que su niño estaba a salvo.

Pasó el tiempo, de vez en cuando Lucilda solicitaba a su padre permiso para visitar a la Maga, acompañada, eso sí, de su Aya y cuatro soldados que se quedaban a la puerta de la casona para que nadie les importunara, de aquella forma pudo ver los progresos que realizaba su niño, instruido no solo en las ciencias regulares, sino también en las conocidas únicamente por algunos iniciados.

El Barón estaba satisfecho ante la recuperada salud y alegría de la que era la luz de sus ojos, sólo le entristecía no encontrar un pretendiente noble para unirla en santo matrimonio, ya que lo sucedido tiempo atrás hacía reticentes a los que hubieran sido pareja ideal de la chica, y según él decía: “Para casarla con un rufián o un campesino... Más vale que se quede soltera”.

Tampoco quiso que entrara en un convento ya que ello le privaría de su diaria presencia.

Pasaron los años, el Barón envejeció y acabó muriendo, lo mismo que el Aya, Lucilda visitó a la Maga, que ya centenaria yacía en su lecho de muerte atendida por Darcel, que se había convertido en un ser poderoso.

En un aparte se sinceró con su madre diciéndole: “Cuando la maga muera no podré permanecer aquí, deberé escapar a una zona libre de ese influjo maligno llamado catolicismo que ha corrompido el mensaje original de amor trocándolo en otro de odio a todo lo que es diferente, si Jesús volviera a este mundo ten por seguro que sería quemado en la hoguera”.

“¿Que haré yo, hijo mío, sin tu presencia que es el sostén de mi vida?”.

“Mi espíritu siempre estará contigo, toma esta vela negra y guárdala bien, si alguna vez te amenaza algún peligro enciéndela, hasta que se consuma”.

A raíz de la muerte del Barón, los aldeanos, libres del temor de su cólera, dejaron de abonar los tributos y los diezmos de sus cosechas, pronto se hizo difícil pagar a los criados y la guardia que poco a poco fueron abandonando a Lucilda, eso sí, llevando con ellos gran parte de los objetos más valiosos.

Pudo conservar algún sirviente vendiendo sus joyas, hasta que ya no tuvo nada por vender y se quedó sola en el castillo viviendo de lo que cultivaba en un par de bancales y algunos animales de granja que le daban huevos y leche.

Pero la plebe no se conformó con eso, algunos por rencor a como les había tratado el difunto Barón, otros por la avaricia de adueñarse de las tierras que rodeaban el castillo y de lo que en él pudiera quedar, comenzaron a tramar las peores insidias contra Lucilda.

En principio dijeron que el hijo que tuvo fue fruto de un aquelarre con el Diablo y que ahora que estaba sola se dedicaba a formular hechizos malvados contra los habitantes de la región, si sobrevenía una helada, ella tenía la culpa, si un vendaval... Lo mismo, cualquier desastre natural o enfermedad le era atribuida, hasta que se pusieron de acuerdo para ir una noche en tromba al castillo y quemarla viva el próximo domingo.

Una de las nietas de su antigua Aya, una chiquilla pura de corazón no fue capaz de asimilar la noticia y quedarse de brazos cruzados, se acercó lo más posible al castillo haciendo ver que apacentaba una oveja, la dejó atada a un arbusto y en el ocaso, amparada por las sombras se coló en el vetusto edificio por una grieta de la maltrecha puerta.

Sólo había luz en lo alto de la torre donde un pequeño fuego en la enorme chimenea intentaba caldear la estancia, subió las escaleras a oscuras gritando el nombre de Lucilda que descendió con un candil para iluminarle el camino.

Se abrazaron y entre lágrimas la muchacha le contó lo que tramaban aquellos malvados, Lucilda la consoló y le dijo: “Gracias por tu acto de

valentía, eres de lo poco bueno que hay en estas tierras, toma este medallón, es lo último que me queda y para que me lo robe uno de esos desgraciados prefiero que lo tengas tú, ahora vuelve corriendo y, sobre todo, la noche del domingo enciérrate en tu casa y no se te ocurra acercarte al castillo”.

La chica volvió sobre sus pasos alegando por su tardanza que se le había escapado la oveja y le había costado encontrarla, su madre le dio una buena reprimenda, un tazón de caldo y la mandó a dormir.

Lucilda sacó de la antigua arqueta la vela negra, le prendió fuego y la situó en la repisa de la chimenea, al día siguiente todavía brillaba su luz, pero nada especial había sucedido, estuvo todo el día pendiente de una ayuda que de momento no llegaba.

Al anochecer la turba se movilizó, a los malvados se unieron los curiosos, que, sin tener un interés especial, pretendían disfrutar del morbo de quemar viva a la Baronesa.

Se acercaron por el bosque con las antorchas encendidas, gritando obscenidades y enumerando todas las torturas que le harían a la desgraciada Lucilda antes de quemarla.

Pero el bosque no era el de siempre, ojos rojizos de todos los tamaños tenían la vista puesta en el grupo que estaba demasiado ocupado en sus cánticos brutales para apercibirse.

En un momento dado, como si alguien hubiera dado una orden invisible, ratas de gran tamaño mordieron las pantorrillas de los situados en el exterior del grupo, serpientes salidas de entre la hojarasca clavaron sus colmillos en los antebrazos de algunos portadores de antorchas y cuervos y murciélagos se ensañaron con sus ojos.

Pero lo peor estaba por llegar, un centenar de lobos atacaron sin piedad a los malandrines, mientras que una docena de osos les cerraban el paso, con la idea de ir tan solo a quemar a una pobre mujer, ninguno era portador de armas, sólo algunos instrumentos de tortura que poco les sirvieron contra aquellas fieras.

Los que portaban algún tipo de luminaria fueron los primeros en ser atacados, y una vez hubo caído la penumbra todos fueron presa fácil de las bestias nocturnas.

Alguno logró escapar corriendo hasta la aldea más cercana, pero con unas heridas tan graves que falleció poco después de relatar lo sucedido.

Al día siguiente el espectáculo era dantesco, los cadáveres tenían los ojos arrancados por los cuervos, la faz devorada por las ratas y el vientre despanzurrado por osos y lobos, y alguno yacía sin gota de sangre en su cuerpo, sin embargo, no quedaba rastro de ninguna de las alimañas, que nunca habían proliferado en tal número en aquellos bosques, ni tampoco fueron halladas en las posteriores batidas que se realizaron.

El Conde, cuyas tierras lindaban con las del Barón tomó cartas en el asunto, se anexionó la comarca entera e impuso un severo castigo a todos sus habitantes, no podía permitir que mediante alguna excusa la chusma se subleva contra la nobleza.

Un bando suyo advirtió a todos, que quien osara acercarse a importunar a la Baronesa sería atado y arrojado a una mazmorra para ser devorado vivo por las ratas, y no era hombre que amenazara en vano.

También envió al castillo unos criados cargados de víveres, leña, velas y todo lo que la mujer pudiera menester, pero él mismo no se personó, ya que la superstición hacía mella hasta en los guerreros más audaces.

Pasaron los años, Lucilda envejecía plácidamente ya que nadie osaba molestarla, y no sólo por las amenazas del Conde, sino por miedo al peligro de las fuerzas oscuras que supuestamente la protegían, había quien daba un gran rodeo con tal de no pasar cerca de la sombra del castillo.

El sucesor del Conde se olvidó de seguir enviando víveres a la baronesa, los caminos que conducían a la fortaleza se llenaron de maleza y espinos, así como los campos circundantes, parecía que la naturaleza quería mantener aislado aquel lugar que se fue degradando paulatinamente.

Un atardecer de verano, Lucilda, ahora ya envejecida, estaba cosiendo junto a la terraza, hablando en voz alta como hacen muchas de las personas

condenadas a una larga soledad: “¿Y qué será de mí cuando yo muera?, mi cuerpo no será amortajado ni enterrado en el panteón familiar, sino que permanecerá aquí para ser pasto de las alimañas, hasta que algún aventurero curioso se atreva a subir para darle una patada a mi calavera”.

“¿Y por qué quieres morir madre?”.

Lucilda se puso en pie como movida por un resorte gritando: “¡Darcel, hijo mío!, ¿Dónde has estado todo este tiempo?”.

“Aprendiendo, iniciándome en las artes oscuras, ya que soy hijo de la oscuridad no he querido rehuir mi condición”.

“¿Y por qué me haces esa pregunta?, todos hemos de morir, antes o después”.

“No necesariamente, yo paso de los cincuenta años y mi físico es apenas el de veinte, ¿Qué te gustaría hacer si fueras inmortal?, si no temieras al frío ni la enfermedad ni el hambre”.

“Pues me gustaría quedarme aquí en esta torre donde fui una niña feliz, viendo amanecer, oyendo cantar a los pájaros, percibiendo el olor de las primaveras y la melancolía de los otoños”.

Darcel extrajo de un pliegue de su capa un frasco de matices dorados mientras decía: “Pues así sea, bebe todo el contenido”.

“¿Qué clase de pócima es esa?”.

“No es una pócima, sino la esencia misma de la vida, tú me la diste y yo te devuelvo el favor”.

Sin pensarlo ni un instante Lucildaapuró hasta la última gota, por todo su cuerpo corrió una sensación que hacía medio siglo que no sentía.

En la actualidad, el castillo se ha ido degradando, sin embargo, la torre, aunque maltrecha, resiste impávida, circulan muchas leyendas sobre aquel lugar, dicen que algún caminante que ha osado penetrar en sus muros ha desaparecido sin dejar rastro, y otros que han pasado cerca afirman que

proveniente de lo alto de la torre, a veces se oye un sonido entre suspiro y lamento que desciende desde un tono agudo como el canto del mirlo hasta un susurro agonizante, para volver a elevarse otra vez y luego prosigue, con la voz de quien confiesa un secreto oscuro diciendo:

Duérmete, mi niño chico
questa noche viene el coco
y se comerá a los niños
que duermen, que duermen poco.

Y Otra vez el mismo lamento de antes que se repite entre las estrofas.

Duérmete, niño pequeño
porque el coco está viniendo
y seguro que te come
siii no, te ve durmiendo.

Duérmete mi niño lindo
porque el coco ya está aquí
y seguro que te come
siii no, te ve dormiiiir.

FIN...